



VNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Investidura como "Honoris Causa" por
la Universitat de València a Carlos París
Amador

Laudatio

Valencia, 25 de enero de 1991



LAUDATIO CARLOS PARÍS *por Carlos Mínguez Pérez*

Excmo. Y Mgfc. Sr. Rector
Excmos Sres.
Señoras y señores:

Todavía parece, al volver los ojos hacia la historia vivida, que resuenen bajo estos mismos muros la voz maestra de Carlos París, poco antes de concluir aquel período de su vida, 1960-1968, transcurrido en nuestra Universidad, cuando tras el desbordante crecimiento universitario, se convirtiera este Paraninfo en aula.

Por eso me resulta si no superfluo, al menos extraño, recitar aquí, y ante alguno de sus compañeros y muchos de sus discípulos, los numerosos méritos que concurren en el Dr. París.

Sin embargo conviene, para nosotros y para la historia, subrayar de su apretado currículum aquellos aspectos en los que más le adeuda la Universidad de Valencia, y a través de ella la sociedad.

En los archivos de nuestra Universidad constará, como está grabado en mi memoria, la institucionalización en ella de los estudios de filosofía el año 1955. Les ahorro las vicisitudes de los primeros tiempos de esta sección, en la entonces denominada Facultad de Filosofía y Letras, de las que fui testigo, pues formé parte de la primera promoción; y que resultan aparentemente triviales y mezquinas, a no ser por su significado para las crónicas. En ese momento, en modo alguno superábamos la mediocridad de los estudios filosóficos imperantes en España, por causas de todos bien conocidas y que habían roto con un pasado inmediato y esperanzador para el pensamiento.

La incorporación del Prof. Carlos París a aquella Facultad no sólo proporcionó nueva vida a los estudios de filosofía, sino que transformó la especialidad en un oasis refrescante, frente a una anacrónica escolástica que regía los estudios en España. Sin duda, otros profesores que se incorporaron por entonces a esta Universidad, colaboraron con notable empeño en tal despliegue, pero Carlos París constituyó un brillante punto de referencia para el trabajo y la discusión filosóficos, prestando en ese momento especial interés a la viva relación entre ciencia y filosofía, aun antes de que el neopositivismo, con retraso, se introdujera en nuestro país con el señorío de la moda.

Tres obras ya publicadas avalaban la expectativa con la que el Profesor París fue recibido: *Física y Filosofía* (1953), *Ciencia, conocimiento, ser* (1957) y *Mundo técnico y existencia auténtica* (1959). En el prólogo de la primera, el insigne matemático Julio Rey Pastor la califica de “*pedra miliaria en el evidente avance de la cultura hispanoamericana*”.

No es de extrañar que, con tal bajage informativo, novedoso en los lares académicos del momento, se iniciara en la Universidad de Valencia, en la sección de Filosofía, un camino que primero debería abrirse, pero que ulteriormente conduciría, no sin salvar serias dificultades, a una vida universitaria radicalmente diferente. En todo caso la diferencia resaltaba con respecto a los estudios de filosofía en las restantes universidades españolas.



La década de los sesenta constituyó uno de los períodos imaginativamente más rico en la reciente historia de Europa. España no queda al margen de esta agitación, aunque en nuestro caso encauzada hacia unas metas más precisas. Y coincide esta década con la permanencia del prof. París en nuestra universidad.

Su integración en el entramado universitario más activo, no sólo se logra en los registros intelectuales, sino también a través de un amplio movimiento político-social (extraordinariamente vivo en ese tiempo) y que puede advertirse en la siguiente rememoración del propio París: “... *me parece necesario evocar aquella Universidad que aspiraba a unir el trabajo intelectual riguroso con la conciencia crítica y política, así como aquella bella solidaridad entre profesores y alumnos frente a la represión. Creo que aquellos han sido los años más hermosos y gratificantes de mi larga experiencia universitaria*” (Anthropos, 1987, num. 77, p. 30).

El rigor intelectual con el que encara la vivida inmediatez de la desazón humana, impulsan, en el trabajo de Carlos París, la problemática del hombre como objeto de reflexión, frente a la atención que antes gravitara sobre la Filosofía de la Ciencia, por más que nunca haya postergado la temática de la ciencia. El tema del hombre que ya había abordado en *Mundo técnico y existencia auténtica*, ahora cuaja en dos libros concebidos y redactados durante su estancia en Valencia. Uno, titulado *Hombre y naturaleza*, parte del discurso inaugural del curso 1964-65, pronunciado en este mismo Paraninfo, para consolidarse en una posterior obra más completa, publicada con el mismo título en 1970, y en la que se integran capítulos tan sugestivos como el titulado “Programa y posición histórica de un racionalismo humanista”. La otra, fruto de una larga y pausada reflexión, lleva por rótulo *Unamuno. Estructura de su mundo intelectual* (1968), y en ella se entrecruza de tal modo el orden mental de Unamuno con el propio del profesor París que difícilmente pueden desgajarse. Ha sido considerado este trabajo como uno de los análisis más enriquecedores realizados sobre el pensamiento de Unamuno, en el que la idea y sentimiento conjugados de la vivencia existencial del hombre *expósito*, arrojado a un mundo hostil, que tantas veces teje y desteje don Miguel, atravesando como un estremecimiento toda su obra, son recogidos por Carlos París sin mengua del dramatismo impreso, pero conectándolos a una constelación de conceptos, también presentes en la obra de Unamuno aunque tenidos como referencias más objetivas, tales como ciencia, evolución, principios absolutos, sociedad o trabajo. Y no debe causarnos esta conexión extrañeza, pues no en vano, en el discurso inaugural antes citado, explicita la cuestión, tantas veces después amasada, de la posible integración de la Biología evolucionista y el análisis existencial.

Considero justificable la presunción de que las líneas maestras del pensamiento de Carlos París estaban forjadas o se forjaron durante su estancia en la Universidad de Valencia. Sin duda, su posterior producción filosófica y literaria ha sido muy amplia, pero siempre ha habido ante las cuestiones cruciales, una búsqueda de apoyo, como en seguro y elástico resorte, en las ideas depuradas durante su estancia en esta Universidad. No ha sido, pues, circunstancial esta etapa. Y como el pensamiento y el hombre nunca se moldean aislados. Creo que el Alma Mater que representamos, debe considerarse doblemente honrada: por el despliegue científico de uno de sus miembros y, ahora, por el reconocimiento que en momento oportuno hace del mismo. La creación de las llamadas Universidades Autónomas devuelve a Madrid (cursos 1968-69), en donde había estudiado y pasado su juventud, a este profesor nacido en el País Vasco, después de un periplo por Santiago y Valencia, donde en ningún



momento se sintió ni quiso sentirse extraño. En la nueva etapa, destacan variados intereses, en virtud de la dedicación a los problemas urgentes de la universidad y de la sociedad españolas, en un momento en el que se agudiza el cambio social. Atiende en estas circunstancias, con reflexión sistemática, al problema educativo y la ordenación del mismo. El volumen publicado en 1977 sobre *La crisis de la Universidad española actual*, del que es coordinador y en el que interviene significativamente, testimonia entre otros muchos trabajos su colaboración para reconstruir la Universidad.

La académica dedicación a la Antropología, como asignatura específica en su actividad docente, mantiene vive y operante la investigación sobre esta materia, que ya había iniciado en *Hombre y naturaleza* y de la que ayer nos ofreció una síntesis de las conclusiones alcanzadas, en la conferencia pronunciada en la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, sobre *“Biología y cultura en la realidad humana”*, trabajo que, en sus distintas vertientes y según los aspectos y grados de profundización alcanzados, ha presentado para su discusión en diversos foros (por ejemplo el celebrado en Tübingen en 1984), además de los estudios recogidos en su libro *Filosofía, ciencia, sociedad* (1972).

Resulta difícil sintetizar con claridad la amplia producción filosófica de Carlos París, que deriva de su preocupación central antropológica. Estéril aparecería el manido recurso a las divisiones clásicas, por la atención que presta a problemas y zonas interdisciplinarias. Si bien en estos límites precisamente es donde las cuestiones filosóficas afloran con ineludible inmediatez. Un examen global de su obra puede advertir cómo perdura la reflexión sobre el hecho de la ciencia, su base epistemológica y su despliegue en el panorama historiográfico actual, aunque atendiendo cada vez más a la vertiente social de la misma y a su lugar dentro de la cultura. Constituye una buena síntesis al respecto la ponencia presentada en el I Congreso de teoría y Metodología de las Ciencias en Oviedo, en 1982: *Posición de la ciencia en el complejo cultural. Contra la autonomía de la ciencia*, en la que los historiadores podemos encontrar una definición programática de historia “externa”.

Del mismo modo la técnica no desaparece de su objeto de reflexión, bien como fenómeno cultural integrado en el ser mismo del hombre, como en su uso para mejorar las condiciones de vida o en su abuso para alienar o dominar al ser humano, en su momento dueño y señor de la naturaleza, en otros muchos su depredador máximo.

La atención a la Historia se convierte en momento metodológico insoslayable, si entendemos con Carlos París que la precisión de un concepto sólo se alcanza, y cito sus palabras, *“por un proceso de maduración y reabsorción de la historia que sobre nuestros hombros llevamos”*. Los trabajos en este sentido jalonan un largo currículum: Ortega, Unamuno, Luis Vives, Teilhard de Chardin, Heidegger, Bertrand Russell, entre los más representativos.

Mención especial debe hacerse aquí de Marx y el marxismo, a cuyo estudio dedica muchas páginas, y cuya teoría de la revolución y crítica social impregna el pensamiento de Carlos París, integrándolas en su concepción del hombre como proyecto y en su racionalismo humanista.

Otros escritos con temática diferente tengo que silenciar, dada la aconsejable brevedad de este Elogio. Pero sería injusto si no aludiese a dos ensayos que han conocido en poco tiempo reediciones y traducciones a otras lenguas. Me refiero a *El rapto de la cultura* (1978) y *Crítica de la civilización nuclear* (1985). Constituyen estas obras una decantación de todas las líneas de pensamiento antes apuntadas,



incidiendo ahora en la crítica de la sociedad de nuestros días. El racionalismo humanista que debe acompañar la realización del proyecto humano, se encuentra frenado y a veces detenido por tantas formas de irracionalidad como la sociedad actual presenta, y que Carlos París resalta con firme propósito de combatirlas.

Junto a estos ensayos, y cuando el uso filosófico del lenguaje resulta insuficiente, acude Carlos París a la expresión literaria, a la novela o al relato. Se unen aquí la trayectoria analítica de la Filosofía y la peripecia personal. *Bajo constelaciones burlonas* (1981), novela, refleja una pausa en el proyecto vital, una irónica y cariñosa mirada al pasado sin ira. *La máquina especulatrix* (1989), que recoge algunos de sus relatos, “sarcasmos” los denomina, en los que gravita la preocupación sostenida sobre la técnica y el paso a clave de humor de la tensión acumulada tras el análisis de una cultura, que tantos diques opone a la esperanza.

Por sucinta que haya sido esta última referencia a la obra literaria de Carlos París, nos abre a través de los recuerdos, imágenes, distorsiones o ironías, a un mundo mucho más personal. Y en modo alguno me atrevería a hacer aquí una referencia al mismo, si no hubiera leído en los Anales de las Academias de las Ciencias, ya en el siglo XVIII, que en semejantes elogios había siempre espacio para recuerdos personales. Y como no veo motivo para que la tradición en este aspecto se abandone, aludiré, brevísimamente, a la vertiente humana de Carlos París, pues también al hombre es a quien se honra en este momento.

Para quienes hemos tenido la fortuna, no sólo de participar de su amistad, sino la de convivir en la proximidad del trabajo y la colaboración, podemos testimoniar que el Prof. París, contenidamente, sin alharacas, siempre ha allanado las difíciles relaciones humanas. Me arriesgo a definir su actitud, tanto en la vida universitaria como en lo que conozco de la extra-académica, con el término de “elegancia”. Actitud de inmediato captable en sus escritos científicos y literarios, y que en el sentido que ahora comento se desgrana, en su cuidadoso respecto hacia todos y una afable cordialidad. Me apoyo en el testimonio de sus muchos colaboradores y discípulos, hoy en los diferentes estamentos de la docencia o en otras tareas sociales, y que en los momentos de aguda persecución política recibieron el apoyo que su prestigio podía proporcionarles. Me parece muy afortunada, a la hora de trazar este sucinto perfil, el calificativo editorial que encabeza uno de sus libros, “Carlos París o el asilo de la racionalidad”. Talante más valioso cuando la disposición natural es encauzada por una razón troquelada en la esperanza y en el afecto.